
México y el expansionismo de Estados Unidos.

Entrevista con John M. Hart

Antonio Saborit

El trabajo de John M. Hart (1935) es ya indispensable para entender la historia del México moderno. Desde su primer título, *El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1869-1931* (Siglo XXI, 1980), hasta *El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución mexicana* (Alianza Editorial Mexicana, 1990), la obra escrita de Hart—profesor en la Universidad de Houston—se ha caracterizado por un incisivo trabajo archivístico y una voluntad disciplinada en el cuestionamiento y la comprensión de los procesos históricos. Tal es el caso de *Empire and Revolution. The Americans in Mexico since the Civil War* (University of California Press, 2002), el libro en el que Hart ofrece ahora un recorrido tan sorprendente y minucioso como asfixiante y brutal sobre los intereses de los grandes capitales norteamericanos en México. En el mes de octubre de 1999, concluido el manuscrito de *Empire and Revolution* y cuando Hart empezaba a trabajar en un nuevo trabajo sobre el enclave minero de Batopilas, le hice una serie de preguntas frente a la grabadora. Lo que sigue es parte de una conversación más larga, pero ofrece una idea del contenido de su libro sobre la presencia norteamericana en México a lo largo de cerca de 150 años.

¿Cuál es el centro de El imperio y la revolución?

De hecho, traté de que no tuviera un solo centro: en el libro hablo sobre los colonos, las mujeres,

los artistas y los intelectuales que vinieron a México, como Nettie Lee Benson y Bertram Wolfe, y toda esa gente que vio en México una vía de escape de Estados Unidos y que también quedó atrapada por los ideales de México. La Revolución atrajo a los norteamericanos más idealistas y utópicos, quienes formaron una comunidad artística en México.

Al final del libro abordo la industria de la droga, la frontera—que es un tema muy importante—, la emergencia de los mexico-norteamericanos, la nueva capitalización de México a través de unas cuantas compañías transnacionales.

Pero *El impero y la revolución* empieza desde luego de manera secuencial con los financieros que le prestaron a Benito Juárez y a los suyos las armas que necesitaban, en conjunción con el gobierno de Estados Unidos, que en cierto momento ofreció 30 mil rifles (el general William Sherman se presentó ante Juárez) para derrotar a los franceses en Chihuahua. Una vez derrotados los franceses, los norteamericanos empezaron a exigir su recompensa.

En un principio, el presidente Juárez, y más adelante Lerdo de Tejada, rechazaron muchos de esos reclamos, lo que creó una fricción entre ellos y la comunidad bancaria en Nueva York. Fue entonces que los banqueros le encomendaron su causa al general Herman Sturm. Sturm se encargó de coordinar los suministros norteamericanos para las fuerzas liberales y encabezó

a los banqueros de Nueva York en su campaña en contra de Lerdo de Tejada, pues fue este último quien canceló los contratos ferrocarrileros a finales de 1875, después de las elecciones, con la frase: "Mejor que haya un desierto entre la fuerza y la debilidad"; lo haya dicho o no, así fue como lo percibieron los norteamericanos. Y el resultado fue que Taylor le envió a Porfirio Díaz 300 mil dólares en una sola transacción, que en esos días eran suficientes para formar un ejército revolucionario. Más adelante, Sturm arregló el apoyo de los banqueros a Díaz gracias al cual en 1876, en el sur de Texas, Díaz obtuvo el respaldo hasta del futuro presidente del City Bank, James Stillman —el hijo de Charles Stillman—, así como de Moses Taylor, quien también fue titular del National City Bank, y de John Jacob Astor, quien realizaba operaciones en el oeste con pieles, tenía casas comerciales y era una de las fuerzas más dinámicas en el ferrocarril de Texas, y también dueño de una gran cantidad de terrenos. El general Sturm recibió más adelante la concesión del ferrocarril entre la ciudad de México y Acapulco.

¿El imperio y la revolución es una secuela de su libro anterior, México Revolucionario?

El imperio y la revolución se basa —y en parte surgió— de lo que me encontré en *México revolucionario* al tratar de describir a fondo los motivos que tenían los norteamericanos para intervenir en la Revolución mexicana.

Ahí me di cuenta de que el asunto ponía de manifiesto una parte de la naturaleza de Estados Unidos: que son tan fuertes las relaciones entre México y aquel país que todo aquello con lo que Estados Unidos se ha topado por el mundo después de la Guerra Civil, ocupa la primera línea de sus relaciones con México. Y este asunto empezó inmediatamente después de la Guerra Civil, con las primeras inversiones norteamericanas en México y el deseo de los republicanos por expulsar al imperio francés, una empresa en la que participaron los banqueros norteamericanos. Más adelante, un sector heterogéneo de la sociedad norteamericana se fue involucrando casi sistemáticamente con México —me refiero a la

aparición de ciertos sectores de la clase media, como los colonos que llegaron al país en las etapas anteriores a la Revolución. Ese proceso, que va del capital comercial al capital bancario, a la llegada de los capitalistas dedicados a la infraestructura en los ferrocarriles, el telégrafo, teléfonos, y luego los capitalistas de la industria y del campo seguidos de los colonos; ese proceso, decía, que es muy similar al que se dio en el oeste de Estados Unidos —sin el aspecto del proceso de colonización—, es el mismo que ha continuado hacia el Tercer Mundo.

Dice usted que en El imperio y la revolución siguió algunos de los temas y de los hallazgos de México revolucionario.

La intervención norteamericana durante la era de Woodrow Wilson se planeó para preservar un México atento a los intereses de Estados Unidos. En *El imperio y la revolución* me propuse identificar la naturaleza de esos intereses.

Desde mi punto de vista parece existir una división muy clara entre lo que pueda pensar el conjunto de la población de Estados Unidos y el rumbo concreto de la política de su gobierno. Al observar la composición de la élite de Estados Unidos empecé a percibir, cada vez con mayor nitidez, la existencia de un grupo muy pequeño de personas con intereses específicos en el extranjero; y que este grupo de personas —que para mí es una plutocracia—, en conjunción con el Departamento de Estado y los sucesivos gobiernos de Estados Unidos y algunos de los miembros del Congreso, son los que se han encargado de definir persistentemente una política cerrada hacia el Tercer Mundo, y en este caso, con el país más importante del Tercer Mundo: México. Esta conjunción entre la élite a la que me refería y el gobierno de Estados Unidos nos permite observar la fuerza de la plutocracia, y comparar la forma en que controla la política exterior *vis-à-vis* una población cada vez más amplia y participativa que al menos en asuntos de política interior se muestra mucho más democrática. Si se observa la política interna de Estados Unidos se ve el contraste entre la participación de todo tipo de grupos dispersos y el maniobreo más cerrado, casi

secreto, de parte del gobierno, que con mucha frecuencia tiene motivos ocultos y clasifica la documentación debido al tipo de relaciones que ha tenido. En la década de 1860 esta situación apenas involucraba a unos cuantos centenares de personas, un grupo de capitalistas expansionistas que fue el punto de partida de la economía norteamericana, quienes entonces estaban tendiendo las vías del ferrocarril hacia el oeste de Estados Unidos, establecían compañías deslindadoras, denunciaban minas, trabajaban los bosques. Este grupo de personas vio en México y en Canadá las extensiones naturales de su actividad. Así fue que empecé a seguir a esta gente en su ruta a México.

¿Qué sucedió con los cientos de personas de los años 1860 y hacia el final del siglo XIX?

Para finales del siglo XIX esos centenares ya se habían convertido en varios millares. En la actualidad sería muy difícil evaluar su número de las compañías norteamericanas. Si nada más consideramos el control administrativo en las compañías norteamericanas en México, creo que estaríamos hablando de varias decenas de miles de personas —me refiero en términos de redes de control administrativo y de quienes tienen los puestos importantes. Pero esa cifra, en un país de 270 millones, es muy pequeña. Sólo que ellos también están detrás del Tratado de Libre Comercio así como de todas las políticas globales de Estados Unidos, lo que puede documentarse nada más con atender las relaciones de estas élites corporativas con el Departamento de Estado, con los sucesivos gobiernos y con los principales artífices de nuestra política en el Congreso. Esto también se puede apreciar en la relación de estos miles con la dirigencia local. Cuando estos inversionistas se empezaron a desplazar a México, uno de los elementos cruciales fue encontrar un gobierno receptivo —y el gobierno de Porfirio Díaz era precisamente lo que necesitaba la faceta mexicana de su expansión. Y si se observa el mundo en los tiempos modernos, el mundo de Marcos y Pinochet y Duvalier, si ponemos atención encontraremos a las mismas personas en cargos menores del gobierno estadounidense. Hoy

estaríamos hablando de los grandes bancos, como City Bank; pero en esos días eran el First National Bank —el cual se fundió con el City Bank al final de los años 1930— y el Morgan Bank. Estos dos bancos fueron la punta de lanza de las grandes instituciones financieras. Por otra parte, también hubo grandes inversionistas —conocidos como los Barones del Caucho en Estados Unidos, o bien como *Americans* en el extranjero— que llegaron por su propio pie a México. Me refiero a los dirigentes de las compañías norteamericanas fundidoras y refinadoras de la corporación de Phelps Dodge y de los grandes ferrocarriles.

En términos de reparto, ¿cuáles son los nombres de México revolucionario que se repiten en El imperio y la revolución?

La familia Stillman, desde luego, fue en cierto sentido mi punto de partida, mi puerta de entrada. Ella fue la que me permitió acceder a City Bank, porque los Stillman estaban en el sur de Texas y se extendieron directamente a México con el Ferrocarril Nacional, como socios, pues se hicieron del control de City Bank después de 1892.

Esto me interesó, me hizo repensar a la institución bancaria y me llevó a descubrir el papel del presidente de ese banco —Moses Taylor— en la creación de la red del ferrocarril en Texas. Más adelante encontré que Taylor competía con el ferrocarril de Pensilvania, dirigido por Tom Scott. La historia es intrincada. Scott y los directores del ferrocarril de Pensilvania buscaron apoyo económico en Nueva York, pero al darse cuenta de que ese apoyo se erosionaba —pues empezaron a competir con los intereses del City Bank, los cuales se estaban desplazando hacia el Ferrocarril Central de Nueva York—, se fueron a Boston y allá sí encontraron apoyo en las mismas personas que estaban construyendo el Ferrocarril Topeka-Santa Fe, que en su momento llegaría a El Paso. Así fue que Scott y los inversionistas de Boston fundieron sus intereses y crearon lo que más adelante se convertiría en el Ferrocarril Central Mexicano. Pero fue un largo y penoso proceso a lo largo de la década de 1870, el tiempo que les llevó pasar de Dallas a El Paso,

cruzando una enorme extensión de tierras despo-
bladas sin los recursos indispensables para res-
paldar el desarrollo del ferrocarril. En esos días,
para respaldar el desarrollo del ferrocarril era
necesario contar con recursos para pagar confor-
me se avanzaba, como dirían los norteamerica-
nos. En el caso del Sistema Ferrocarril Nacional,
el cual ingresó al país por Laredo y Matamoros,
encontramos a la gente del City Bank asociada
con la del Morgan Bank. Con esta última fusión,
Cornelius Vanderbilt se hizo del control del Fe-
rocarril Central de Nueva York y empezó a ex-
tender sus intereses desde Chicago hacia la fron-
tera y también hacia Oregón y Washington al
mismo tiempo. De ahí que México forme parte de
un impulso de expansión, gracias al cual, un pu-
ñado de individuos, empezando por Stillman, me
permitió ingresar a esta red más extensa que se
amplió de un modo subrepticio gracias a la mano
negra de J.P. Morgan, figura clave en el sistema
ferrocarrilero mexicano.

Yo diría que todo esto tal vez empezó cuando
descubrí a Stillman, el tipo de persona que era en
Brownsville, Texas, en la toma del ejido de Ma-
tamoros, luego de la guerra de intervención de
los años 1840. Esa guerra de Estados Unidos le
confirió la propiedad personal de ese ejido. Más
adelante me di cuenta de que Stillman se había
instalado en el sur de Texas como ningún otro
ranchero en el control del Banco, y que ese banco
se especializó en las inversiones en la frontera.
Pensé: "Carajo, aquí está pasando algo." Y fue
entonces cuando empecé a descubrir las interco-
nexiones en el desarrollo de las rivalidades de los
ferrocarriles de Pensilvania y del Central de Nueva
York, cómo fue que ambos corrieron hacia la
costa oeste y finalmente sumaron sus intereses
en el Union Pacific, aunque compitieron breve-
mente en México hasta la formación en 1905 del
Sistema de Ferrocarriles Nacionales. Así que yo
diría que el punto de partida fue la familia Still-
man.

*¿En qué archivos localizó la información sobre
esta familia?*

Yo creo que todo empezó con referencias en Kings-
bury, Texas —así como en Austin—, en donde se

mencionaba a un gran terrateniente de nombre
Charles Stillman, radicado en Brownsville y Ma-
tamoros. Los historiadores texanos se han refe-
rido a Stillman como a uno de los grandes propie-
tarios y algunas de las referencias señalaban que
se había adueñado ilegalmente del ejido de Ma-
tamoros y que se las había arreglado para que los
jueces texanos aprobaran sus maniobras —jue-
ces que, a falta de una mejor palabra, eran la-
cayos de Stillman. De ahí que empecé a investi-
garlo a fondo.

La primera de mis pesquisas archivísticas que
valió la pena y que me mostró a Stillman fue en
Boston, en donde encontré sus diarios en la Bi-
blioteca Houghton de la Universidad de Harvard.
En seguida me puse a indagar y me enteré que
Stillman había depositado algunos documentos
en la Universidad de Columbia, en cuya bibliote-
ca sus descendientes ya habían depositado cier-
tos papeles. Estaba yo ahí, revisando algunos de
los registros de Stillman para tratar de entender
cómo se había dado esta penetración, cuando fui
a dar con los papeles de Frank Tannebaum y
uno de sus colegas, cuyo nombre ahora se me va,
quienes acumularon una gran cantidad de infor-
mación sobre propiedades estadounidenses en
México. Francamente me sorprendieron las di-
mensiones de los terrenos mexicanos en manos
estadounidenses. Al mismo tiempo, ya había em-
pezado a trabajar en los Archivos Nacionales en
la colección de Reclamaciones para ver exacta-
mente en qué consistían las quejas después de la
revolución. Y así fue que empecé a darme cuenta
de la extensión de las propiedades norteamerica-
nas sobre los recursos mexicanos, y que iban más
allá del intercambio mercantil o del control de la
infraestructura ferrocarrilera y que se extendían
hacia los recursos naturales, además de la mine-
ría, la agricultura y los ranchos.

*¿Cuál de los personajes, en El imperio y la re-
volución, logró evadir el cerco de su minuciosa
investigación, o bien, le habría gustado rastrear-
lo más profundamente?*

Charles Stillman. Lo seguí hasta Vallecillo, Nue-
vo León. Ahora que lo menciona, es una pregun-
ta acertada, porque en estos momentos estoy

redactando el primer borrador de un manuscrito sobre la zona minera de Batopilas, y algunas de las ideas con las que estoy trabajando provienen de la experiencia de Stillman en Vallecillo, en donde él empezó a extraer grandes cantidades de plata y plomo y a exportarlas en refinados en crudo a Matamoros y a Nueva York.

El nivel de la vida en Vallecillo nunca dejó de ser muy bajo, en comparación con el valor del producto que estos trabajadores mexicanos generaban. Fue durante la década de 1830. Se me hizo normal en el sentido de que los campos mineros terminan quebrados una vez que la plata o el mineral se ha acabado. Me pareció que había un contraste con lo que sucede en los lugares donde hay una verdadera soberanía, como en los Emiratos Árabes o en Kuwait, en donde los ciudadanos se enriquecen con las exportaciones de un recurso valioso. En este caso, los mexicanos no dejaron de ser pobres aunque exportaron una gran cantidad de plata para hacer de Stillman un hombre rico, y él invirtió su dinero en el City Bank, lo que más adelante lo convertirían a él y a su hijo en la fuerza controladora de ese banco, el banco más dinámico en Estados Unidos. La historia es genial: la producción de una riqueza que deja al grupo de productores sin nada.

Hoy Vallecillo es una ruina: tal vez tenga diez cuadras de ancho por diez de largo de casas de piedra, habitado por diez o quince familias —ahora el número cambia rápidamente por la concentración de camiones foráneos relacionados con el Tratado de Libre Comercio—, de modo que el ochenta por ciento de las construcciones están abandonadas, cerca de Sabinas Hidalgo, en el camino entre Laredo y Monterrey; y en un parpadeo lo puedes pasar de largo pues está en un recodo del camino en donde hay un tiendita y una pequeña señal que si no ves te pasas de largo. Está detrás de este recodo en el camino. Tiene algunos árboles, es muy caluroso y alguna vez debió ser un lugar muy bonito. El proceso de extracción, el cual no le dejó nada a los mexicanos, me pareció emblemático del país; y me hizo clavarle y analizarlo en *El imperio y la revolución*; aparece en los primeros capítulos. Aun cuando sucedió antes de la guerra civil de Estados Unidos, es una especie de preámbulo sobre el modo

en el que se habrían de dar las cosas para los mexicanos, que se hicieron grandes esperanzas con la idea de que usarían el capital de Estados Unidos para lograr un país próspero y el modo en que esas esperanzas resultaron vanas.

¿En qué consiste la importancia del episodio del ejido de Matamoros?

Me parece que fue de una importancia crucial. En él se aprecia el modo en que el provecho económico particular somete al estado de derecho, así como el modo en que los altos ideales de los norteamericanos justificaron la revolución de Texas en contra de México como una lucha en pos de la libertad, en contra del centralismo: la lucha del federalismo en contra del centralismo. Creo que fue el pretexto en la época.

Creo también que hubo un idealismo genuino en la política de Estados Unidos, cierta propensión hacia la democracia de parte de la población en general, la cual muchas veces se vio abatida por el interés económico. Se puede apreciar en el caso de Stillman. Él aprovechó la oportunidad que le brindó la derrota de México y el hecho de que la nueva línea fronteriza colocara al mal del otro lado de la línea de demarcación. Stillman se dio cuenta de la vulnerabilidad de México y lo que hizo fue lanzarse por un pedazo de los terrenos de los herederos de De la Garza, quienes poseía los derechos originales sobre ese terreno del otro lado del río, y los reclamó para sí. Ahora recuerdo el nombre de esa familia estadounidense, Cavasos, de origen mexicano —uno de cuyos miembros fuera parte del sector educativo en el gobierno de Ronald Reagan y que tenía fuertes vínculos con la derecha del estado de Texas, con los elementos de la derecha de la élite—; pero uno de los miembros de esa familia era Juan Cortina y eso estableció la diferencia.

Cuando Stillman se adueñó del ejido de Matamoros también se apropió de unos dos millones y medio de acres que hoy son los grandes ranchos de Kenedy y King del sur de Texas: Mifflin Kenedy y Richard King fueron empleados de Stillman en su compañía, manejaban a su nombre las embarcaciones del río Bravo. Stillman les vendió sus propiedades —por motivos que no me que-

dan claros, pero algo les habrá ganado, de eso no me cabe la menor duda— y luego concentró sus propios intereses en la extracción de la riqueza de México. Los jueces, entre los cuales la figura principal era la de Stephen Powers, mordieron la carnada de Stillman —y luego la de King y la de Kenedy— y pidieron instrucciones. En sus cartas Powers se muestra de lo más obsequioso con este gran terrateniente. Al parecer aquí estamos ante lo que los historiadores de Texas han identificado como el feudalismo sureño, en donde estos hombres eran los que mandaban, los que controlaban la ley, los propietarios de la tierra, los que controlaban el comercio y la fuerza de trabajo —en su mayor parte mexicana—, en el singular régimen feudal y antidemocrático que se estableció en el sur de Texas, del cual Stillman formaba parte. Juan Cortina y sus hombres se opusieron a todo esto y reclutaron a los antiguos *rancheros* (provenientes del valle situado en el lado norteamericano) que habían perdido sus ranchos ante los arreglos de los renegados gringos, quienes trabajaban para King, Stillman y los otros que llegaron. Estos *rancheros*, incapaces de proteger individualmente sus largos y angostos terrenos de los ataques de estas bandas de maleantes, se vieron expulsados por los renegados que llegaron a matar a sus familias y a correr a los mexicanos al otro lado de la frontera para reclamar como propios los terrenos abandonados. Para Cortina y los otros fue evidente que si querían conservar sus derechos tendrían que pelear, por lo que terminaron robando el ganado con el fin de castigar a sus enemigos y compensar sus pérdidas. Esta fue una lucha muy amarga que se extendió desde el final de los años 1840 hasta mediados de la década de los setenta. Porfirio Díaz le prometió a Richard King que haría algo en compensación por una demanda en Kingsbury, Texas, por lo que Richard King le dió 30 mil dólares. King dijo: “Queremos que usted se deshaga de este Cortina.” Díaz dijo que eso haría. Además de que lo confirman fuentes muy sólidas, el coronel John Salmon, el jefe de los *Rangers* de Texas, estuvo presente en la transacción y elogió el que Díaz cumpliera su promesa.

Yo creo que, en efecto, Stillman fue crucial en el desarrollo de mi argumento. Supongo que es

el modo en que puede proceder un matemático con un teorema. El trabajo con el archivo de Stillman en la Universidad de Columbia me llevó a Frank Tannebaum y a este otro colega que escribió un libro famoso que se llama *Mexico and Its Creditors* —recuerdo el título mas no al autor, quien luego trabajó en el Departamento de Estado—, una magnífica investigación sobre la propiedad de una gran cantidad de terreno, misma que yo confirmé más adelante, localizando muchas más.

¿Cómo se conecta El imperio y la revolución con sus libros anteriores?

Creo que se remonta a las lecturas que realicé en la universidad. Tiene que ver con el tipo de análisis duro y con las exposiciones interpretativas a las que me vi sometido ahí, así como con las preguntas filosóficas que me enseñaron a ir más allá de las respuestas fáciles y a buscar la verdad detrás de las explicaciones. Tiene que ver también con Balzac y con Marx y con el deseo de ir más allá de un tono moderado para empezar a llamar las cosas por su nombre y por contar cómo fueron las cosas. Pienso que las obras de Balzac y de Marx fueron sumamente sugerentes para ayudarme a entender la debilidad de la aristocracia europea y el porqué de su posterior fracaso. En ellos hay un tremendo ejemplo intelectual. Yo admiro la objetividad con la que en efecto simpatizan con los hechos, toman partido, sin que por ello dejen de explicar cómo es que la aristocracia ha de perder, estén o no de su lado. Y desde entonces he sido un empiricista despiadado. No sabría cómo definir mi propia ideología, pero supongo que es una ideología muy idealista, pero con los hechos soy despiadado y eso es gracias a Balzac, a Marx.

¿Y Stanley Stein?

Para mí, Stanley Stein fue el gran ejemplo de un académico dedicado a su tema. Era alguien que amaba al país que estudiaba y siempre pensó que su papel como historiador lo obligaba a continuar investigando y escribiendo a lo largo de su vida. De modo que Stein fue más un modelo, pero

menos en los términos de lo que hacía día tras día, y más por su profesionalismo, por su manera de pensar y por su método.

Por entonces fue tomando cuerpo la idea de escribir una trilogía sobre historia reciente de México, ¿no es verdad? Le pido que se extienda un poco sobre eso.

Mis orígenes están en la clase obrera. Fui obrero un buen número de años y me llamó mucho la atención el desprecio y la forma en que se subestimaba generalmente a la inteligencia de los obreros en el plantel de Los Ángeles de la Universidad de California, en donde realicé mis estudios de doctorado. Seguro de que mis condiscípulos ignoraban que antes de presentarme a clases yo vestía durante varias horas el uniforme azul de UP, fue muy impactante la sola experiencia de estar sentado ahí; y allí estaban esos jóvenes, egresados de Brandeis y de otras escuelas exclusivas en el costa este del país, que se habían inscrito en Los Ángeles y que hablaban de cómo los trabajadores eran inconscientes y esas cosas, lo que me molestaba. Me di cuenta de la arrogancia cultural que los separaba de la realidad. Yo creo que asumí una actitud defensiva ante eso.

Más adelante, cuando Stanley Payne me puso a trabajar en el archivo de la universidad con el propósito de estudiar los orígenes de la guerra civil española, me intrigó encontrarme con el hecho de que todos los anarquistas españoles habían salido al exilio, y llegué incluso al extremo de interesarme en la posibilidad de estudiar sus actividades en México, pues vi que muchos se habían ido para allá. Al familiarizarme con la literatura sobre el movimiento obrero mexicano me interesó que básicamente discutían como Marjorie Ruth Clark. Sólo que este tipo de discusión se remontaba a 1917 con la CROM. En ese momento ya sabía lo suficiente sobre México para darme cuenta de que tal cosa no podía ser cierta, por lo que seguí investigando y me topé con el libro de Manuel Díaz Ramírez, que era una polémica marxista o leninista (para mí todo era marxismo) planeada para convencer a la gente de que el Partido Comunista o el marxismo habían jugado un papel enorme en la organización de la

clase obrera mexicana. Encontré que el clima ideológico prevaleciente era completamente adverso, por lo que traté de modificarlo introduciendo el tipo de hechos que manejaban Balzac y Marx. Me puse a investigar y di con una mina de oro en la hemeroteca, y ahí me decía: “Esta historia dinámica de los obreros es genial, voy a contar la historia de estos obreros y también voy a contar la de los campesinos y luego voy a escribir una historia de la revolución”.

Entre 1968 y 1969 realicé la investigación sobre los obreros: me tomó varios años terminar el manuscrito pues en ese entonces apenas empezaba a desarrollar mi escritura, y mientras tanto empecé a trabajar en el Archivo Agrario, situado en Bolívar y Fray Servando, entonces ocho veces más grande que el actual pues lo descentralizaron. Al trabajar ahí, me di cuenta de que ya estaba preparado para escribir una historia de la Revolución mexicana, pues a partir de los archivos agrarios me había enterado de mucho de lo ocurrido durante la lucha. Así que empecé a escribir este análisis a partir de lo que sabía de los obreros y de los campesinos y concluí un ensayo que se llamó “The Coming of the Revolution”.

Para ese momento ya tenía la idea de escribir una trilogía y cambié la secuencia: en lugar de obreros-campesinos-revolución, decidí que sería obreros-revolución-campesinos. Sólo que en el transcurso de la redacción de *México revolucionario* comprendí el papel de Estados Unidos y lo importante que era que los mexicanos lo entendieran. Los mexicanos debían conocer, me decía, para los fines que ellos quisieran, el poder increíble que ejerció en su capacidad de dirección esta élite norteamericana —la cual, por cierto, era marginalmente vulnerable al diálogo democrático en el interior de la clase política de Estados Unidos. El desarrollo de este tema les permitiría a los mexicanos apreciar detenidamente la naturaleza de los tratos con estas personas, con lo cual me sentiría satisfecho.

El libro sobre los campesinos se ha demorado muchísimo por todo el trabajo anterior. Francamente encuentro que es tan grande la experiencia de Estados Unidos en México, tan abrumadora, que en ese campo no creo haber llegado al final de mi trabajo. Mientras tanto, los estudios

sobre el campesinado han avanzado de tal forma que me siento afortunado de tener en mi archivo todas esas fuentes primarias que registré hace años; tal vez lamento no haber sabido entonces muchas cosas que debía conocer, y que ahora ya conozco, pues han cambiado lo mismo el vocabulario que el método para observar a la sociedad campesina. Hace poco, revisando mis apuntes para ver lo que tenía, me di cuenta de que buena parte era sumamente inocente y que ya no me sirve para lo que ahora los quiero porque lo que hoy me parece relevante para entender a la sociedad campesina es mucho más desarrollado en términos de la observación de subgrupos y géneros y ese tipo de cosas, y que las cosas que anoté a mediados de la década de los setenta no me ofrecen el tipo de respaldo que quisiera. Esa enorme cantidad de información tal vez signifique una aportación en términos de paisaje general, pero tal vez no tenga la penetración en ciertas áreas que me interesarían, y me refiero al género y a los subgrupos, regiones —no sólo regiones sino los subgrupos en el interior de las regiones y género.

En alguna ocasión, al acabar el manuscrito de Los doblados de Tomóchic, usted me preguntó si ese trabajo desafiaba alguna tradición. Creo que varias, contesté; y usted comentó: "Qué bueno, porque para eso escribimos." Como lo puede ver, la pregunta la tengo bien presente. Ahora se la devuelvo, ¿qué tipo de tradiciones desafía El imperio y la revolución?

Entre las mayores tragedias de la historiografía de la Revolución mexicana, si se piensa en los miles de volúmenes que se han publicado al respecto, destaco dos aspectos. Uno radica en la naturaleza repetitiva de los historiadores. El otro tiene que ver con el hecho de que muchas veces se ha terminado escribiendo una historia a base de generalizaciones. Y aun cuando cada historiador cuente con sus propias conjeturas, es común que repitamos, construyendo una y otra vez la misma historia, con la misma reiterada monotonía que a mí me suena como la cantaleta de un sacerdote. Y aun en el interior de una crítica intelectual inocente aunque honesta dicen que ésta fue una revolución sin ideología y una ideolo-

gía sin una revolución, pero no tenemos una causa: tenemos relatos, tenemos *el cuento*. El presidente le concedió una entrevista a cierto reportero y por ese motivo Madero decidió lanzarse en pos de la presidencia, cosas así. Lo que no ofrece ningún tipo de profundidad. Me di cuenta de que lo que necesitábamos era causalidad, que necesitábamos entender qué fue lo que en realidad causó este asunto; y creyendo que yo ya lo sabía, gracias a mis estudios sobre el trabajo y los campesinos, me lancé precisamente por eso a identificar a las grandes fuerzas de la revolución. Pero tan pronto empecé a trabajar me quedó claro lo importante que era la crisis en la élite y que en las regiones existía la dirigencia de élites que surgieron por todo el país.

Mucho me complace ver cómo ha cambiado toda la historiografía de la Revolución mexicana, porque ahora nuestros mejores historiadores están hablando de élites regionales y de divisiones entre las élites, lo que entiendo como una crisis de la élite. Estos mismos historiadores han podido mostrar que el régimen perdió su capacidad represiva y que desató estas fuerzas desde abajo como lo manifiestan Díaz, Zapata y la Casa del Obrero Mundial. Ese era mi objetivo: poner de manifiesto la enorme fuerza del pueblo en México, lo que contradijo de manera directa a ciertos historiadores mexicanos bien conocidos que seguían pensando que los obreros son unos inconscientes, como en la época de mis seminarios en UCLA. Yo creo que en eso consistieron mis desafíos en *México revolucionario*. Y a la luz de la invasión de Veracruz —en lo que luego se conocería como la estrategia Equipa y Entrena del Pentágono, que la usó en Nicaragua en 1909, en Veracruz en 1914, en Murmansk y Archangel y en Vladivostok en 1918 y 1919, y más adelante en Bosnia en 1997-1998—, me di cuenta de que el trabajo que había realizado en *El imperio y la revolución* plantea ya una nueva proposición: sobre la amplitud de la intervención norteamericana en la revolución, sobre la naturaleza del expansionismo norteamericano. Para gente como el general Scott eso fue un incidente. Si *El imperio y la revolución* empieza con Charles Stillman, *México revolucionario* empezó en Veracruz pues al iniciar mi trabajo me di cuenta de la existencia

de una pesada red de intereses detrás de la decisión de escoger Veracruz en lugar de Tampico —la Texaco quería que Estados Unidos invadiera Tampico—; estaba el hecho de que los intereses de la Standard Oil estaban más cerca de los del coronel House, quien insistió en invadir Veracruz, y tenían los motivos para hacerlo: en México no había ningún tipo de facilidades para la producción, había petróleo, pero sus rifles dependían de los recursos estratégicos de México, por lo que estuvieron dispuestos a arriesgar esos campos con tal de avanzar y controlar al gobierno de México. Sólo que al ver a su alrededor no encontraron más que malas opciones: la primera opción fue Félix Díaz, pero era inaceptable para casi todos los sectores políticos, pues no contaba con ningún tipo de apoyo, y luego optaron por Carranza, aunque reconociéndole limitaciones debido a su nacionalismo. Como haya sido, el caso es que me planteó todo un conjunto de asuntos relacionados con la historia de mi propio país y me acuerdo que me senté a decidir que me pondría a estudiar este asunto sin importar el tiempo que me llevara hacerlo, pues a fin de cuentas, por grande que fuera mi amor hacia México, mi lengua nativa y mi experiencia de vida tenían más que ver con Estados Unidos que con México. Sentí que me lo debía a mí mismo, a mi familia y a todos mis conocidos; estaba obligado a contar lo que había encontrado sobre la naturaleza del expansionismo norteamericano.

Bertrand Russell decía que Estados Unidos es una plutocracia, que una plutocracia es la que controla nuestra política exterior. Mi punto de vista es mucho más conservador. Yo digo que en lo interno tendemos a ser mucho más democráticos, mientras que Russell veía que nuestra política exterior era un diálogo sorprendentemente estrecho, una estrecha coalición de intereses.

Por la manera en que usted se refiere a El imperio y la revolución pareciera que se trata más de un libro de historia de Estados Unidos que de otro título sobre la Revolución mexicana —con todo el peso que ésta tiene en el trabajo.

Bueno, a fin de cuentas soy un historiador norteamericano. Por lo demás, no creo que la pluto-

cracia se sienta intimidada por un libro —un libro no cambia nada. Pero lo que sí espero es que *El imperio y la revolución* dispare en México un incremento en la conciencia de la comunidad mexicana, que después de leerlo los mexicanos estén mejor equipados para entender —más allá del mero nivel de las sospechas— las coaliciones que se han estado creando y en qué medida estas coaliciones los benefician o amenazan. Espero que el libro ofrezca herramientas para entender mejor las cosas. No me hago ilusiones de que los artífices de la política, en cualquiera de los dos países, escuchen alguna vez a un historiador, pero creo que mi responsabilidad, tanto en México como en Estados Unidos, consiste en dar a conocer lo que sé. El asunto es dual: no se trata de pasarse a la historia de Estados Unidos a costa de la de México sino de mostrar ambos lados.

¿Se podría pensar entonces que La revolución y el imperio, a diferencia de sus libros anteriores, se explica mejor en el campo de la historiografía norteamericana?

No necesariamente, aunque bien puede ser que eso sea cierto pues analizo las actividades de los norteamericanos. Tal vez haya quien se pregunte por el paradero de ciertos temas, pero en efecto el libro trata sólo de lo que hicieron los norteamericanos. Por otra parte, el libro comporta una lección para los mexicanos, y es una lección importante porque los norteamericanos padecen una trágica pérdida de carácter —y los mexicanos lo tienen que entender pues sus vecinos también son seres humanos. Y también México es un pueblo con un poder enorme.

Yo quisiera que los mexicanos entendieran la naturaleza de ese poder, pero no para depositar esa responsabilidad en una dirigencia, sino en favor de una mayor conciencia pública. En lo que toca a Estados Unidos, me gustaría que los historiadores leyeran con cuidado *El imperio y la revolución* y que entendieran que el caso de México ofrece una suerte de metáfora útil, si bien podemos encontrar muchas otras, como por ejemplo: en la colonización de Filipinas, en la creación de lo que se llama el *Pacific Rim*. Los norteamericanos que llegaron a México a mediados del siglo

XIX vieron en el país un escalón hacia lo que llamaban el Lago Americano, pues el océano Pacífico no era otra cosa. Una de las grandes frustraciones de la experiencia de los norteamericanos en ese siglo tuvo que ver con su empeño por tender las vías del ferrocarril hacia Mazatlán y Guaymas, una ciudad bloqueada por las montañas de la Sierra Madre y la otra por los indios yaquis. Dos accesos para llegar más rápidamente a Sudamérica, para ahorrarse varios días de viaje, pues incluso con el vapor era mucho tiempo para bajar de San Francisco y Los Ángeles. Me parece que estos esfuerzos colocaron a México en la mitad de un litigio netamente norteamericano y que estos mismos esfuerzos le ofrecen a los historiadores de mi país la oportunidad de ver a México como un modelo, por un lado, y por otro lado esos esfuerzos les ofrecen la oportunidad de observar a las mismas personas que persiguieron los mismos intereses en Filipinas o en China, en el Caribe —y cómo vieron a Japón como un rival en el Lejano Oriente y trataron de frenar la expansión del imperio japonés. Esos intereses plutocráticos resultan cruciales para los norteamericanos, para la salvación de la democracia en Estados Unidos, la cual a mis ojos se gasta día tras día. Pues estos poderes que se vuelven globales incrementan su fuerza *vis-à-vis* la población general de Estados Unidos.

¿Cuál es el papel de México en la historia del expansionismo norteamericano durante los siglos XIX y XX?

Uno de los más notables aspectos es que México ha transitado por diversas facetas del desarrollo de Estados Unidos. En algún momento los norteamericanos se interesaron en la expansión territorial y más adelante en los recursos naturales, a los que tuvieron acceso durante el porfiriato. Luego se volvió importante el trabajo mexicano —y esa transformación la vemos en el momento en el que parecían haberse secado los campos de petróleo, es decir, los depósitos superficiales a los que la tecnología podía llegar en las dos primeras décadas del siglo XX. Luego, al principio de la Segunda Guerra Mundial, lo que reemplazó a lo anterior fue el flujo de trabajadores mexi-

canos hacia Estados Unidos para sustituir a los obreros que fueron a dar a las fuerzas armadas. Y esa relación laboral se ha seguido desarrollando desde entonces, de manera gradual durante los años cuarenta y cincuenta y durante los sesenta, a través del Programa de Desarrollo de la Frontera, pero al mismo tiempo hubo cierta actitud relajada en cuanto a la migración de mexicanos hacia Los Ángeles, que como se sabe desarrolló una enorme población de mexicanos. Más adelante, en los setenta, ochenta y noventa vemos esta explosión de la migración, el crecimiento de las maquilas en la frontera con el Tratado de Libre Comercio, que ha llevado para allá a millones de mexicanos. Houston cuenta con un millón de trabajadores mexicanos, el 90 por ciento de los cuales han llegado en los últimos 25 años. De modo que vemos una transformación fabulosa en la relación de México con Estados Unidos: del territorio a los recursos naturales, de los recursos naturales al trabajo —y respeto los recursos “naturales” puesto que el trabajo es otro recurso. La relación ha sido casi permanente.

Si observamos la interpenetración de ambas culturas y del capitalismo, desde mi punto de vista lo que se nota es el surgimiento de una élite, una élite mexicano-norteamericana —llámese Carlos Slim o Phelps Dodge—; se ve una unión del capital, una unión de los trabajadores —y para volver a Houston, hoy, ahí, se puede ver una unión de culturas. Al llegar a la Universidad de Houston, proveniente de Princeton, al comienzo de la década de los noventa, cuando aún dudaba de si debía estar en una universidad pública de clase media o en una universidad de élite, vi atravesar el campus a un anglosajón, a un mexicano, a un negro y a un asiático, me dije: “Este es el lugar para mí”. Esa mezcla de personas y de cultura que se da todo el tiempo entre México y Estados Unidos es parte de un proceso que perdurará.

¿Qué papel ha jugado México en la política y en la riqueza adquirida por Estados Unidos debido a su expansionismo de los siglos XIX y XX?

México se convirtió en una parte instrumental de Estados Unidos debido a la naturaleza del ex-

pansionismo norteamericano. En este expansionismo hay un elemento que resulta muy singular, acaso parecido al de los holandeses al llegar al océano Índico.

Y con lo anterior me refiero a que existió un vínculo directo entre la empresa comercial y el expansionismo militar, el poder militar que se creó durante la Guerra Civil. A mí me parece que ese militarismo fue abastecido de un modo intensivo —algunos dicen que hubo unas 300 guerras en contra de los indios, en contra de los indígenas nativos de Estados Unidos, en el proceso de nuestra expansión continental. El crecimiento económico, la estabilidad política y en cierto modo el Sueño Americano dependían de echar atrás lo que ellos llamaron la cortina de la barbarie y las tinieblas, que podrían ser los elementos emblemáticos del Tercer Mundo. De modo que cuando en 1808 se toparon con México, los norteamericanos empezaron por enviar emisarios a la frontera de Texas para tratar de fomentar una rebelión en contra del gobierno español; y más adelante, sí, enviaron tropas durante la llamada Revolución de Texas: había tropas de las milicias de Alabama y Mississippi e invasores de Kentucky presentes en Texas. Esta fue una agresión que los historiadores no han trabajado, pero las excavaciones en Goliad han puesto al descubierto las armas de las milicias. En 1834 tenemos unidades militares de Estados Unidos en el interior de Texas.

La Guerra Civil me parece que en realidad nos presenta una nueva era —y no me estoy saltando la gran guerra entre México y Estados Unidos, en la que la naturaleza militar de ese expansionismo fue obvia. Al finalizar la Guerra Civil, la dirigencia de las empresas capitalistas de Estados Unidos estaba formada por los generales del ejército de la Unión. Todas las personas que construyeron el gran sistema ferroviario eran ingenieros civiles educados en West Point y, ya como veteranos del ejército, formaron las redes sociales que los ayudaron a reunirlos y a convertirlos en directores de estas empresas que lo primero que hicieron fue extenderse hacia México. De hecho en todo lo anterior hay un militarismo esencial que no es fácil definir. El presidente Eisenhower habló del complejo industrial militar. Es

muy notable que debido a los grandes recursos de Estados Unidos, cada vez que los confederados o sureños ganaban batallas en la Guerra Civil, los norteamericanos juntaban sus recursos bancarios e industriales para reunir y crear un ejército mayor. De manera que si se observan las batallas de la Guerra Civil, se notará que a cada derrota el tamaño del ejército de la Unión pasó de 16 a 32 a 64 a 128 mil tropas bien equipadas, con las armas más recientes. En Gettysburg, los banqueros obtuvieron más ganancias que nunca, mientras el gobierno se endeudaba con ellos pues emitió bonos para financiar esta industria de guerra, la cual era también propiedad de los banqueros. Los banqueros eran los propietarios de las fábricas que producían las armas, eran los depositarios de los préstamos del gobierno y eran quienes entregaban las armas al gobierno para acabar con el sur y para acabar, más adelante, con cualquier adversario. Ese elemento esencial es parte del expansionismo norteamericano y a México, siendo un país pobre, no se le iba a permitir sobrevivir como lo conocimos, esto es, bloqueando San Francisco y poseyendo todo lo que conocemos hoy como el suroeste de Estados Unidos.

Yo diría que uno de los testimonios más fabulosos de la cultura mexicana que me encontré —y hay muchos— es la habilidad que mostró México para conservar su gran dimensión territorial. Estados Unidos quería establecer la línea fronteriza entre Mazatlán y Tampico, con Baja California, y creo que deberíamos reconocer la fortaleza de la nación mexicana, el que la cultura de esta gente fuera tan fuerte que lograra resistir las presiones —sobre todo durante la guerra que desembocó en los tratados de Guadalupe Hidalgo y luego cuando los norteamericanos, dirigidos por el general Pershing acamparon para fijar la frontera, y más adelante cuando a mediados del siglo XIX le ofrecieron a Benito Juárez, Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz la compra de Baja California y Sonora. Los mexicanos lograron resistir admirablemente ante una fuerza irrefrenable que ya había arrasado a 300 naciones indias.

La de México es una relación muy especial con Estados Unidos, de amor y odio, es una relación de cooperación y rivalidad, en la que la mayor

parte de las tensiones han desaparecido. Hacia el futuro me preocupa la enorme desigualdad del poder: cuando los socios no son iguales, siempre

se da una cierta forma de abuso. Una gran productividad, una habilidad enorme se pueden transformar en nada si no existe la igualdad política.

